

20728

HISTORIA

1847

# DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE  
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO  
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,  
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON  
LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,  
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,  
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion  
de Nuestra Señora, en Barcelona.

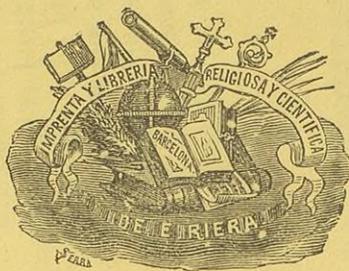
Cura propio de la parroquia de San Juan,  
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA;

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1878.

Cuaderno 82.

L47  
1855

HISTORIA  
DE LAS  
PERSECUCIONES  
SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA.

---

Á NUESTROS CORRESPONSALES Y SUSCRITORES.

Si alguno de los repartos inmediatos de la HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA no viera la luz pública con la puntualidad con que lo ha hecho hasta aquí, no será otro el motivo sino que, por la gran sequía que se experimenta, no podrá proporcionarnos el papel la fábrica que surte este establecimiento de tan indispensable materia. Tan pronto como aquélla pueda atender nuestros pedidos, volverá la mencionada obra á seguir su marcha normal.

lásticos en su escolástica: no son capaces todos juntos, tantos como son, de crear cosa que valga la pena.

22. Algunos me acusan benévolamente de herejía, por haberles dicho verdades que perjudican á su industria. ¿Qué me importan á mí sus ahullidos? Cabezas vacías que no han abierto jamas la Biblia, que no entienden cosa alguna de las doctrinas de CRISTO; ni siquiera se comprenden á sí mismos y se abisman en sus propias tinieblas. Que Dios les vuelva el entendimiento. Amen.



CARLOS I DE INGLATERRA.

Si hubiese atacado los abusos que de las indulgencias hubiesen podido hacerse, á su lado tendría á la Iglesia. Pero no es el abuso lo que combate Lutero, es la cosa en sí, es la doctrina que ha venido enseñando constantemente el Cristianismo.

Léanse con detencion las proposiciones que acabamos de transcribir y se verá en ellas toda la obra de subversion que Lutero va á realizar con su desden por la tradicion, con su desprecio por la escolástica, con su yo sobreponiéndose á todo y queriendo constituirse en único intérprete autorizado de las enseñanzas bíblicas.

Aquel discurso en el púlpito era toda una revolucion.

Los oyentes salieron sorprendidos todos, muchos escandalizados.

Un agustino se acercó á Lutero para decirle:

—¿Sabéis, doctor, que habéis estado muy atrevido? Dios quiera que este sermón no nos perjudique. Los dominicos se frotan las manos de gusto.

—Padre, respondió Lutero, si esto no viene de Dios, caerá: si procede de su santo nombre, dejad hacer, la cosa irá adelante.

Era el fatalismo del Corán; el éxito justificando la cosa; el hecho fundando el derecho.

Al día siguiente Tetzl subió á su vez al púlpito, y sin acudir á sátiras inconvenientes, sin perder la gravedad de la cátedra sagrada, sin comparaciones groseras, refutó cumplidamente á su adversario, á quien retó á una discusión formal.

Lutero contestó:

—Me burlo de tus gritos como de los bramidos de un asno. Yo vivo en Wittemberg, y yo, doctor Martín Lutero, á tí, inquisidor de la fe; á tí, que manejas el hierro candente, te hago saber que se encuentra aquí buena hospitalidad, puerta abierta, mesa bien servida, gracias á la benevolencia de nuestro duque y príncipe el elector de Sajonia.

Llevada la cuestión al terreno de la insolencia, Tetzl tuvo bastante dignidad para no acudir á la cita.

## VII.

### Las conclusiones de Lutero.

El sermón de Lutero sobre las indulgencias fué como el toque de llamada para congregarse á todos los prevenidos contra las instituciones católicas.

El espíritu antimonacal iba revistiendo cada día en Alemania mayor carácter de gravedad; los hombres de letras, principalmente apasionados por las doctrinas platónicas que venían haciéndose de moda, se revolían desde mucho tiempo contra los frailes, y en particular contra los dominicos, por considerárseles como la personificación de la ciencia escolástica. Muchos que, á tratarse sólo de la cuestión de la indulgencia, hubieran permanecido neutrales, se apasionaron en favor de Lutero, porque al dirigirse contra Tetzl se dirigía contra la orden dominicana en general.

Leíanse y se comentaban con avidez libelos como el de Lorenzo Valla contra *la mentira de la donación de Constantino* (1); Hans Rossemblut en sus *Fastnachtsspiele* hacía al sacerdocio objeto de escarnio; Baumann pintaba á los monjes como hombres que no pensaban en otra cosa que en mover guerras para proteger sus intereses mundanales; Juan Geiler, inspirándose en su odio á las órdenes religiosas, describía á los frailes de una manera soez, exagerando hasta llegar á los últimos grados de lo inverosímil los defectos de los conventos.

El célebre Hutten, que en otras cosas revelaba magníficos arranques de poeta, al escribir sobre frailes era grosero, hasta obsceno, valiéndose contra ellos de las frases más bajas é incultas. Para pintar escenas en que intervienen religiosos acude á recursos de que se hubieran avergonzado los mismos paganos.

Y su tristemente famoso libro *Epistola obscurorum virorum*, á pesar de estar condenado por León X, era reimpresso en todas las formas, se hacían de él numerosas ediciones. Allí se dibuja á los frailes con un traje repulsivo, exhalando un hedor inmundito, entregados á toda clase de vicios. Mancharíamos nuestro libro si tuviésemos que reproducir algunas de las torpes frases de que está llena aquella producción.

Claro es que ni los dominicos ni las demás órdenes religiosas podían contestar al ataque con armas iguales; su decoro, sus hábitos, su ministerio, les impedía valerse del lenguaje que usaba su impugnador y que ejercía en las clases poco instruídas funestísimo efecto.

Los frailes, sin salirse de la verdad, podían haber descrito á su fanático adversario, quien

(1) *Contra efflictam et ementitam Constantini donationem.*

después de alimentarse con el pan de los conventos, después de entrar en el mundo literario patrocinado por el arzobispo de Maguncia, abrazó la vida aventurera del soldado para entregarse al libertinaje, contrayendo una enfermedad que nos guardaremos de nombrar y que acabó por producirle la muerte. Eran recursos á que un religioso no podía apelar; en la lucha de la desvergüenza provocada por Hutten, claro es que los religiosos no habían de tomar parte.

Así fué que Hutten se constituye en dueño de un campo que el clero no le disputa. Hutten acude á la sátira, al drama, á la poesía; al lado de lo grosero de las formas brillaba mucha viveza de imaginación; si su rostro no se sombreaba jamás con la vergüenza, su mano se complacía en hacer uso de los colores más chillones, á fin de herir la fantasía de las masas arrastrándolas al odio contra los institutos religiosos.

Así es como se explica el aplauso, el entusiasmo, el frenesí con que muchos acogieron la palabra de Lutero.

Hutten fué de los que más empujaron al desgraciado agustino á seguir en la senda que acababa de emprender.

Los que abrigaban preocupaciones contra los institutos católicos, los que murmuraban contra las enseñanzas cristianas, los que veían con pesar la justa influencia de la Iglesia en las instituciones sociales, todos se aunaron para proclamar que el sermón de Lutero era el despertar de una sociedad aletargada, un aire que venía á purificar la atmósfera, un aliento de nueva vida.

Lutero mismo se sorprendió del ruido que metía su sermón.

No creyó prudente el fraile Martin recorrer desde luego toda la pendiente; juzgó necesario tomar algunas precauciones. Temió con razón que el paso que acababa de dar y que le conducía más lejos de lo que él calculó en un principio no excitase la cólera del arzobispo de Maguncia, príncipe de la casa de Brandeburgo y elector del imperio. Lutero estimó oportuno escribirle. En su carta se ve al hombre acostumbrado á postrarse en el paves de la Iglesia.

«Venerable padre en JESUCRISTO, le dice, ilustrísimo Príncipe, perdonadme si me atrevo á levantar los ojos hasta Vuestra Sublimidad y dirigiros esta carta, yo, que soy lodo y polvo. JESUS, nuestro Señor, me es testigo de que, encadenado desde mucho tiempo por la convicción de mi torpeza y de mi debilidad, he dilatado realizar la obra que hoy emprendo con la frente levantada, impulsado por la fidelidad que debo á mi padre en JESUCRISTO: dignese, pues, Vuestra Grandeza echar una mirada sobre este grano de arena y recibir mis votos con su benignidad paternal.

«Se fingen indulgencias papales bajo el nombre y el título augusto de Vuestra Señoría para la construcción de San Pedro de Roma. Nada digo acerca las impertinencias de predicadores que yo no he oído; pero me lamento del error en que sumen á pobres inteligencias que creen, insensatos, estar seguros de su salvación comprando indulgencias plenarias y que las almas salen del purgatorio al echar una moneda en el cepillo, que á esta indulgencia va inherente una virtud tal que no hay pecado que no puedan borrar.

«¡Dios mío, así es como se instruye entregando á la muerte á almas que os pertenecen! ¡Cómo crece la cuenta que deberéis dar un día de su salvación! Yo no debo callar por más tiempo. No, no hay poder episcopal que pueda asegurar al hombre su salvación: la misma gracia infusa del Señor no constituye una garantía suficiente, cuando el Apóstol nos recomienda que obremos incesantemente nuestra salud *in timore et tremore* y que apenas el justo encontrará misericordia...»

El Arzobispo no contestó á esta carta.

Lutero escribió poco después al obispo de Misnia. Éste le contestó incitándole á que fuese prudente y no promoviese cuestiones irritantes.

Una tercera carta fué dirigida al obispo de Brandeburgo.

Éste, aunque pertenecía á la escuela de los humanistas y abrigaba prevenciones contra los escolásticos, prescribió á Lutero que se abstuviese de dar publicidad á su sermón sobre las indulgencias.

A este Obispo, Lutero le tenía en gran concepto. Su juicio le impresionó y se apresuró á contestarle:

—Estoy contento; haré lo que ordena Su Gracia; para mí vale más obedecer que hacer milagros (1).

Poco despues se olvidaba de su promesa, y decía:

—No quiero que me crean tan débil, tan hipócrita para seguir sus consejos y dejar de publicar mi sermón: hágase la voluntad de Dios. Atras la prudencia interesada de los hombres.

Era menester que Lutero adelantara en el camino emprendido.

La colegiata de Wittemberg estaba bajo la advocacion de Todos los Santos. Al celebrarse la fiesta principal el día 1.º de noviembre, asistía allí, venido de larga distancia, un numeroso concurso para prestar culto á preciosas reliquias depositadas en aquel templo y lucrar las indulgencias que en 1398 el papa Bonifacio había concedido á todos los que, confesados y comulgados, hiciesen las estaciones. El elector Federico, acompañado de su corte, los letrados de la ciudad, la Universidad, los conventos, todos concurrían á aquel templo para solemnizar la festividad.

Era antigua costumbre universitaria sostener conclusiones la víspera de alguna gran fiesta, á fin de que pudiesen concurrir los forasteros que se hallaban en la poblacion.

La vigilia de Todos los Santos el portero de los agustinos fijaba en las columnas de la colegiata un manifiesto en que se leía:

«En interes y amor de la verdad, las tésis que siguen serán sostenidas en Wittemberg, bajo la presidencia del reverendo P. Lutero, de la orden de Agustinos, maestro en artes y maestro y lector en sagrada Teología.»

Citaremos algunas de sus proposiciones:

1.ª Cuando nuestro Señor y Maestro JESUCRISTO dice: «Haced penitencia,» es que quiere que la vida de los fieles sobre la tierra sea una perpetua penitencia.

2.ª Él no entendió por cierto hablar del sacramento de la Penitencia, es decir, de la confesion del sacerdote y de la satisfaccion que éste impone.

25. El poder que el Papa tiene respecto al purgatorio lo tienen los obispos y los simples párrocos.

56. El tesoro de la Iglesia de donde el Papa saca las indulgencias no es bastante conocido de los fieles.

62. Este tesoro es el santo Evangelio, don de eternidad y de gracia.

66. El tesoro de las indulgencias es una red con que se pescan las riquezas de los hombres.

Como se ve, esto ya era algo más que hablar contra el abuso de las indulgencias.

Las tésis de Lutero son un desafio echado contra la Iglesia en general, pues que atacan doctrinas enseñadas y sostenidas por ésta.

Tambien esta vez Lutero trató de justificarse. Pretextó que no eran tésis que él estableciese como afirmaciones; sino que las sentaba tan sólo como tema de discusion sin prejuzgar en lo más mínimo la cuestion de dogma, que él fingía acatar.

Pero al propio tiempo á los que no aceptaban sus tésis, conforme es de ver en una carta suya, les trataba de imbéciles.

Al obispo de Brandeburgo le escribió:

—Yo disputo, no afirmo; que la Iglesia falle y yo me someto (2).

Despues de hablar así al Obispo, escribía á un amigo suyo, diciéndole:

—A vos, Spalatino, y á nuestros amigos, declaro que la indulgencia no es más que una explotacion. Ya sé que al hablar de esta suerte sublevo contra mí á seiscientos minotauros, radamantotauros, cacotauros, ¿pero qué me importa?

(1) *Bene sum contentus; malo obedire quam miracula facere.*—De Wette.

(2) De Wette.

Lutero va adelantando en la fatal pendiente. Muy pronto le veremos rodar hasta el fondo con una precipitación vertiginosa.

## VIII.

## Primeras manifestaciones del libre exámen.

Las doctrinas emitidas por Lutero en la cátedra habían de acabar por traducirse en hechos. No en vano se inculca á jóvenes ardientes la rebelión contra la autoridad; estas predicaciones no se sostienen dentro del recinto de una clase; sino que, acogidas por temperamentos apasionados y amantes de novedades, se traducen primero en manifestación ruidosa, degeneran despues en motin y acaban por convertirse en revolución con toda su serie de desastres. Tal era el camino que tenían que recorrer las enseñanzas de Lutero.

El religioso agustino iba adquiriendo cada día más fama. Las escuelas, las universidades, las academias, los conventos, todo el mundo se ocupaba de él.

Lutero empezó á recorrer varias poblaciones. Al llegar á una ciudad por primera vez, subía á la cátedra, donde veía agruparse á multitud de hombres de letras, de jóvenes, atraídos unos por simpatía, otros por mera curiosidad. No dejaba de llamar la atención el oír á un religioso excitando la carcajada de sus oyentes contra Aristóteles, y hasta contra santo Tomas mismo.

Ya no es sólo la escolástica, ya no son sólo las indulgencias donde Lutero empieza á ensayarse como novador; claro es que no había de detenerse en aquel camino. Sus errores toman un carácter más grave. Sostiene que las obras del justo mismo, no son más que otros tantos pecados mortales; que el hombre, si es libre, no tiene libertad sino para el mal.

Un jóven bachiller exclama:

—Si las gentes del pueblo nos oyen nos apedrean.

A lo que contesta el auditorio con una gran gritería.

Algunos le calificaron de orgulloso, á lo que Lutero contestó:

—¡Orgullo! ¡orgullo! Pero sin orgullo ¿cómo es posible ensayar una nueva empresa? Si la humildad descendiese sobre la tierra y se metiese á predicar, vosotros veriais como correría riesgo de ser apedreada por enseñar novedades. ¿Por qué CRISTO, por qué los mártires sufrieron la muerte, y tantos doctores las burlas del mundo? Porque se les tachaba justamente de soberbia y de menosprecio hacia la antigua sabiduría. No, nada de humildad loca, quiero decir, de hipocresía. No tengo de hacer caso de los consejos de los demas. No quiero consejos sino de Dios; quiero que sea sólo Dios quien trabaje conmigo. Si Dios está conmigo ¿quién estará contra mí (1)?

Fuerza es confesar que Lutero no encontró impugnadores como él necesitaba. Los que le salieron al paso fueron teólogos versados en la Escritura y los Santos Padres, cuyos hábitos se habían gastado en los bancos de las escuelas peripatéticas, cuya palabra y cuya pluma no sabía salir del círculo que les señalaba la escolástica. Estos hombres, encastillados en su ciencia, creían que desde el momento en que envolvían á Lutero dentro de un silogismo, ya éste había de quedar sin salida. Desconocían el carácter del rebelde agustino y hasta de la multitud de celebridades que figuraban entónces en el mundo de las letras que, desconociendo ó queriendo desconocer la solidez de la argumentación silogística, sacaban partido del abuso que de ella se hacía reproduciendo al pié de la letra argumentos todos cortados en un mismo patron y contra los que, sabiéndolos ya los adversarios, estaban de antemano prevenidos contra ellos.

De esta suerte Lutero y sus defensores en los ataques que se les dirigían tenían la manera de ponerse fuera de tiro. Sin desatender el procedimiento silogístico con su innegable fuerza

(1) Lango, 11 nov. 1517.

de lógica, hubiera sido menester respecto de Lutero apelar á otra táctica, dado el curso que él venía tomando en sus extravíos; hubiera sido conveniente atajar aquella inteligencia en su volubilidad, tener en cuenta que para él la autoridad de Aristóteles ni siquiera la del Angel de las escuelas no significaba gran cosa, no olvidar que Lutero era hombre que andaba por las suyas, orgulloso con no seguir el camino trazado por tantas eminencias, como el niño que, creyéndose ya hombre, se desentiende de su niñera y hasta mira de hacerla caer con el propósito de divertir á las gentes.

A los silogismos contestaba con sátiras que excitaban la hilaridad de los oyentes, lo que no podía el sarcasmo lo lograba la injuria, y entónces Lutero carecía de rival; para poderle contestar era menester que el adversario guardara en su corazon toda la hiel que Martin tenía en el suyo.

Nadie como Juan Tetzel se apresuró á contestar á Lutero, y pocos como él estaban en situacion de hacerlo.

A las tesis de Lutero, Tetzel contestaba con otras tesis.

Entre otras había proposiciones como la siguiente, que entre los amigos de Lutero levantó gran polvoreda:

«Debe enseñarse á los cristianos que la Iglesia sostiene como católicas muchas verdades que no están contenidas de una manera clara en el cánón de la Sagrada Escritura del Antiguo y del Nuevo Testamento.»

Tetzel resuelve hacer fijar tambien sus tesis en la colegiata de Wittemberg, al lado de las de Lutero.

En Wittemberg se tuvo noticia del proyecto de Tetzel; creóse atmósfera contra él, y al llegar el lego que había de fijar las contra tesis, se encuentra rodeado de una gran multitud de estudiantes. Le detienen, se forman en círculo y empiezan á bailar en torno suyo. Mientras unos levantan los puños en actitud amenazadora contra el enviado de Tetzel, otros se apoderan de su alforja y empiezan á sacar los ejemplares de las proposiciones que acababan de salir de la imprenta. A cada ejemplar que sacan se arma un tumulto. Se encuentran nada ménos que ochocientos. A medida que los van sacando los rasgan y los echan al viento. Un estudiante escribe en gruesos caracteres:

¡Á QUEMARLAS Á LAS DOS DE LA TARDE!

Se acepta el proyecto por aclamacion y la turba escolar se encamina á los diferentes puntos de la ciudad, haciendo bolas con las proposiciones y echándolas á la gente que pasa.

Uno de ellos se provee de una trompeta, en medio de la algazara general se constituye en pregonero y va anunciando en alta voz en cada boca calle:

—Ya estáis advertidos: á las dos de la tarde arderán en la plaza pública las proposiciones de Juan Tetzel, inquisidor de la fe, fraile de la orden de Santo Domingo. ¡Camaradas, venid á ver el gran fuego, á asistir al entierro de Tetzel en la plaza Mayor (1)!

A este pregon los estudiantes contestan:

—¡Viva Lutero! ¡Muera Tetzel!

El pueblo por su parte grita:

—¡Viva el doctor!

A la hora que se había prefijado la hoguera ardía en la plaza Mayor. La turba de estudiantes se echa á bailar en torno de la llama. De repente aparece un estudiante disfrazado de dominico, parodiando al P. Juan Tetzel, y llevando debajo del brazo las proposiciones.

Se le recibe con un palmoteo universal.

Las tesis son echadas al fuego con cierta solemnidad grotesca.

Así fué que la primera discusion doctrinal que tuvo Lutero, se decidió por medio de una hoguera, sin que aquella turba de estudiantes cuidara poco ni mucho de saber lo que decían las proposiciones de Tetzel.

(1) Vogel.

Lutero trató de eludir toda responsabilidad personal en aquel acto; pero si bien es verdad que él no intervino personalmente, las pasiones que excitaba en la cátedra dieron lugar á tan repugnantes escenas.

Debía empezar á ver Lutero que su conducta era la más á propósito para producir cuando ménos funestas agitaciones religiosas; pero léjos de moderarse, su comportamiento era cada día más inconveniente; su lenguaje iba haciéndose más apasionado y más brusco.

No faltaron campeones ilustres que salieron á la defensa de la doctrina católica en toda su integridad. Eck escribió sus *Obeliscos*, en que combatía el espíritu privado como criterio religioso á que empezaba ya á inclinarse Lutero, estableciendo la Escritura como único Juez infalible en materia de fe, desentendiéndose del criterio de la Iglesia, que es la que da la inteligencia de la Escritura. Eck, como los demas doctores católicos, no había de pretender que la verdad religiosa no estuviese contenida en la Escritura; pero él comprendía lo que Lutero no acertaba á comprender, y es que en la percepcion de las manifestaciones divinas la inteligencia humana puede engañarse. ¿Qué medios tenemos para conocer si nuestra percepcion se ha engañado? Ahí está al Espíritu de Dios que gobierna la Iglesia; es, pues, la Iglesia la que debe fallar sobre el sentido individual, naturalmente falible (1). «Ampararse bajo los resplandores que alumbran á la Iglesia del Señor desde San Pedro, creer en las enseñanzas que se vienen perpetuando en las escuelas sin sombra ni tacha, seguir las huellas de los doctores, de los Padres, de los papas que el Catolicismo cuenta en el número de sus glorias ¿es esto, por ventura, hacer abnegacion de su razon, rechazar el testimonio de los sentidos, colocar el candelero debajo del celemin? ¿Nuestros intérpretes de la divina palabra por ventura no la leyeron, no la meditaron? ¿Por qué Dios había de ocultarles á ellos una percepcion que sólo concede á Lutero? «Hé aquí que yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos,» dice JESUCRISTO hablando á sus Apóstoles. Lo que éstos creían, nosotros lo enseñamos, nosotros, rayos de un mismo foco, soplos de una misma boca, oleadas de un mismo océano.»

A los *Obeliscos* de Eck, contestó Lutero con sus *Asteriscos*, es decir, con sus burlas, con sus aserciones sin base sólida. «Estos *Obeliscos*, dice, no son sino un caos de opiniones escolásticas, de vanos sueños, de delirios, en que no se encuentra nada de los Padres de la Iglesia, nada de los sagrados cánones (2).»

Se necesitaba bastante desparpajo para decir que desdeñaba á los santos Padres á Eck, cuyos escritos eran un tejido de citas de san Ireneo, de san Cirilo, de san Jerónimo, de san Atanasio. Es verdad que Lutero se desmentía á sí mismo poco despues censurando á Eck, porque no sabía hacer otra cosa que apoyarse en los santos Padres y en la Tradicion. Eck era un hombre famoso entre los sabios de Alemania, dotado de gran talento, de vasta erudicion, doctor en Teología, canciller de la universidad de Ingolstadt, que, á más del conocimiento de los doctores eclesiásticos, lo tenía tambien, y muy profundo, de los autores profanos.

Emser, profesor de la universidad de Leipsick, en su carácter de apologista del Catolicismo, trató de desvanecer las calumnias que contra Roma Lutero propalaba. El agustino le contesta fuera de sí:

—¡ Adios, Roma, ciudad del escándalo! La cólera de mi Maestro, que está en el cielo, va á levantarse contra tí; adios, morada de dragones, nido de buitres, de buhos, de murciélagos...»

## IX.

Lutero se excusa de ir á Roma, adonde le llama el Papa.

Leon X, rodeado de todos los grandes artistas, que constituían en torno suyo como la aurecla del genio, viendo inclinarse ante él todas las testas coronadas, contemplando postrados

(1) Mæler, *La Simbólica*.

(2) Luth. *Asterisci*, Sect. I.

á sus piés á los capitanes más ilustres de su tiempo, celebrado por los poetas de todas las naciones, con su efigie en los castillos de los grandes como en las cabañas de los pobres, considerado como la personificación de la ciencia, de la poesía, de las bellas artes, al frente de una Roma nueva que eclipsaba las grandezas de la antigua, constituido en una especie de poder universal, brillando su tiara con resplandores desconocidos hasta entónces, hubo de afectarse al tener noticia de las conmociones producidas en Alemania por un agustino.

En un principio no creyó conveniente acceder á la demanda de los que le pedían medidas extremas.

—Por ahora podemos vivir en paz, dijo; la segur no hiere el árbol, no hace más que cortar las ramas (1).

Se le dijo á Leon X que la popularidad de Lutero iba creciendo, que era indispensable cortar su vuelo hiriéndole con censuras eclesiásticas.

—Es hombre de mucho ingenio este fray Martin, contestaba Leon X; todo se reduce á envidias de convento (2).

Se le hicieron presentes á Leon X ciertas frases proferidas por Lutero contra la Sede Pontificia. Leon X sabía bien lo que podía entre los alemanes su fanatismo por su raza, por su patria, lo que les hacía considerar á Roma como rival.

—Es un aleman ebrio, dijo; una noche de dormir bien bastará para que vuelva en sí.

Por otra parte Leon X creía que los pueblos no estaban por nuevas herejías, siendo recientes aún los resultados de la de Juan Hus y Jerónimo de Praga.

Lutero sabe que los que rodean á Leon X se ocupan de él, y que le acusan de hereje, que tratan de que se le condene como á tal. Se decide á escribir al Sumo Pontífice. No cree llegado el momento todavía de arrojar su máscara.

Pero ántes de escribir á Leon X se propone interesar á su favor á Spalatino.

—«¿Comprendéis, padre mío en JESUCRISTO, que hayan tenido valor de sostener que en mis disputas yo he faltado á la autoridad del Papa; yo, que no tengo aficion sino á atacar pequeños reductos; yo, que sé por experiencia que es menester para ver el sol no levantar la cabeza más alta que la pared? Por favor, padre mío, servidme de paloma y llevad mis locuras á los piés de Leon X, de este Pontífice tan bueno; yo le tomo por juez; que sea la Santa Sede la que falle.»

La carta que Lutero se resuelve al fin á escribir al Sumo Pontífice estaba llena de protestas de sumision.

Ocupándose de sus famosas tésis dice:

«Son, Beatísimo Padre, nada más que proposiciones que yo emito en forma de tésis y no de doctrinas... ¡Qué de odios se condensan sobre mi cabeza por haber publicado estas tésis! Héme aquí, á pesar mío, echado en medio de un público de doctores de opiniones contradictorias á mí, pobre religioso sin ciencia, sin talento, sin letras, y en un siglo como el nuestro, delicado, brillante, que dichoso con sus dones y sus genios literarios reduciría al silencio á un Ciceron... Pues para mitigar el rencor de mis adversarios hé aquí mis fantasías que publico hoy y que darán la explicacion de mis tésis. A fin de estar seguro, yo las coloco bajo la proteccion de vuestro augusto nombre, bajo la sombra de Vuestra Santidad, á fin de que se sepa en adelante cuánto respeto, cuánto culto doy al poder de las llaves.

«Beatísimo Padre, aquí me tenéis postrado á vuestros piés con todo lo que soy, con todo lo que tengo: vivificad, matad, llamad, despedid, aprobad, reprobad. Vuestra voz es la de CRISTO, que mora en vuestra persona y habla por vuestro conducto. Si la muerte merezco, estoy pronto á morir.»

Era un lujo de hipocresía llevado hasta los últimos extremos del cinismo.

Apénas acaba de escribir su carta con tales protestas de sumision á Leon X y á la auto-

(1) *Ora mai possiamo river sicuri; perche la seure non è più alle barbe, ma è à rami.*—Fabroni Vita Leonis.

(2) *Frate Martino un bellissimo ingegno, è coteste sono invidie fratesche*—Bandello, in Colonesii oper.

ridad que personifica, escribe un prólogo á su libro *Sobre la muerte de Adán y la resurrección de Cristo en el hombre* en que habla del poder de las llaves de una manera insolente. Luégo sube al púlpito y se desata furioso contra las excomuniones, y en la Iglesia, ante el altar, en presencia de numeroso concurso se rie de la ignorancia y de la tiranía de los que fulminan rayos espirituales.

En Roma se sabe todo esto. Algunos cardenales aconsejan al Papa que le declare desde luégo hereje; otros estiman más acertado llamarle á la capital del mundo católico y nombrar jueces que le oigan y que fallen. Leon X cree que aún puede ensayarse otra medida. Escribe al Vicario general, bajo cuya jurisdicción se hallaba Lutero, que era Juan Staupitz. El carácter de Staupitz distaba mucho de estar á la altura de su reputación como hombre de ciencia. Con tal que se salvara la pureza clásica de una frase le pasaba desapercibida la ortodoxia de un principio. Lutero había sido su niño mimado, el P. Martín le mandaba algunos de sus escritos para que puliera el estilo, recibía sus confidencias; y si bien es verdad que se inclinaba ante Tetzels, como inquisidor de la fe, cuando éste no se hallaba presente Staupitz sabía muy bien provocar la hilaridad á su costa. Gustábase ser bien visto de todos; así escribía á Erasmo como á Cayetano, á Eck lo mismo que á Carlstadt.

Es de creer que cumplió las órdenes del Papa; pero sería de una manera bastante débil. Lutero siguió enseñando, escribiendo y predicando en el mismo sentido que ántes.

El Papa nombra visitador general interino de los ermitaños de San Agustín á Gabriel, quien se limita á imponer silencio á Lutero, recordándole, como general de la Orden, su voto de obediencia, y pidiendo al elector Federico el Sabio que interpusiera su autoridad.

Desgraciadamente Lutero era ya en Alemania una potencia. De su parte estaban en su gran mayoría los estudiantes fascinados por su palabra. Los príncipes veían, no sin envidia, que mientras sus agentes no lograban cobrar las contribuciones y eran víctimas de atentados violentos, los expendedores de indulgencias recogían abundantes limosnas. La conducta del religioso que se sublevaba contra las indulgencias, aunque no siempre la aprobasen públicamente, les era simpática, porque favorecía sus rencillas contra la cancillería de Roma. Los trabajadores de las minas consideraban á Lutero como á un profeta; los nobles, los caballeros le aplaudían, primero en secreto, después á la luz del día.

Llega una hora en que Leon X cree que es indispensable obrar. Encarga al obispo de Ascoli que intime á Lutero que, dentro del término de sesenta días, se presente en Roma, á fin de responder de sus doctrinas ante jueces escogidos por Su Santidad.

Lutero continúa escribiendo, predicando. Leon X prescribe á su legado en Alemania, el cardenal Cayetano, que pida el concurso del brazo seglar, y que Lutero permanezca encerrado hasta que nueva orden le obligue á enviarle á Roma.

«Si Lutero se arrepiente, dice el Papa, perdonadle; si se manifiesta obstinado, excomulgadle (1).»

Poco después, el 23 de febrero de 1518, el Papa manifestaba al Elector que se veía en la precisión de obrar contra Lutero, que sembraba en Alemania la herejía y la rebelión, y le instaba á que se valiese de su poder á fin de reducir al P. Martín á la obediencia. «Si es inocente, añadía, le dejaremos volver en paz; si es culpable, le abriremos nuestros brazos para que se arrepienta (2).»

Lutero se manifestó resuelto á ir á Roma.

Sus amigos, que se complacían en precipitarle al fondo del abismo, se empeñaron en llenarle la cabeza, diciéndole que de su viaje no había de salir con vida, que le prepararían emboscadas, que le ahogarían en algun río ó en el mar.

—¿Es decir, que me rebautizarán? preguntaba él riendo.

Al principio no dió importancia á tan infundadas paparruchas.

(1) *Vida de Leon X*, por Roscoe.

(2) Véase el Breve, *Op. Luth.*

«Estoy sin cuidado, escribió á Venceslao Linck. ¿Qué pueden hacerme, pobre enfermo, gastado, marchitado como estoy? Si me matan, todo lo más van á quitarme pocas horas de vida. Cantemos con Reuchlin:—El pobre que nada tiene que perder, tampoco tiene nada que temer.

«Por otra parte, esta es la condicion de la palabra de CRISTO; quien quiera llevarla debe, con los Apóstoles, renunciar á todo, estar pronto á sufrir la muerte... ¡la muerte! el lote de la palabra de Dios, porque es con la muerte como se compró esta palabra, con la muerte como se difundió, con la muerte como se desarrolló y con la muerte como se perpetuó. CRISTO, nuestro esposo, es un esposo ensangrentado. Rogad á Dios por su siervo (1).»

Tal presion le hicieron sus falsos amigos, que al fin acabó por ceder.

Primero trató de acudir á un pretexto, que fué presentarse al elector de Sajonia pidiéndole un salvo-conducto; y como el Elector no se lo concedería, era ya esta razon suficiente para negarse á ir á Roma.

Pero Lutero se avergonzó de este expediente, resolvió desobedecer, importándole poco las amenazas de excomunion.

Hé aquí lo que escribe á Staupitz:

«Excomunion humana yo no temo sino una, que es la vuestra... Hace ya demasiado tiempo que esos romanistas se burlan de nosotros, nos calumnian, nos tratan como muñecos... No piensan más que en una cosa, y es que el reino de CRISTO no sea el reino de la verdad; que la verdad no reine, que sea ahogada, aprisionada en su propio imperio... He enseñado la verdad; mi conciencia me lo dice; pero la verdad salida de mi boca es odiosa.»

La universidad de Wittemberg intervino cerca del Papa para que se desistiese de obligar á Lutero á ir á Roma, pretextando la larga distancia, lo riguroso de la estacion y lo delicado de la salud del célebre profesor.

El Papa tambien esta vez fué condescendiente y dispensó á Lutero del viaje á Roma; pero con tal que se presentase al delegado pontificio, que era el cardenal Cayetano.

Va á tener lugar, pues, esta entrevista con Cayetano. ¿Qué resultará de ella? Téngase en cuenta que á Lutero, la máscara de católico con que aún pretende disfrazarse, se le va haciendo cada día más insufrible, siente que le ahoga y no desea sino la ocasion de arrojarla de una manera ruidosa. Léase sino lo que escribe á un discípulo suyo:

«Si Roma piensa y enseña como Silvestre Prierias (2), cosa que yo me resisto á creer, lo declaro abiertamente, el Antecristo se sienta en el lugar de Dios, Babilonia reina en Roma vestida de púrpura y la corte romana es la sinagoga de Satanás. Si Roma sostiene á Prierias, ¡oh afortunada Grecia, oh dichosa Bohemia, felices todos los que os habéis separado de Roma, los que os habéis retirado de aquella Babilonia! Yo lo proclamo: si el Papa y los cardenales no cierran la boca á aquel Satanás, lo declaro ante el cielo, yo me separo de la Iglesia romana, yo reniego del Papa y de los cardenales, yo tengo á la Iglesia romana por la abominacion sentada en el lugar santo.

«Si Roma y los romanistas piensan como Silvestre Prierias, todo está dicho ya: no hay más remedio para contener sus furores impíos que decir á los príncipes:—Emperadores y reyes, coaligáos para acabar con esta peste, no con el poder de la palabra, sino con el de la espada (3).»

Lutero confunde dos cosas distintas. Prierias no era Roma, no era el pontificado, no era la Iglesia. ¿A qué hacer responsable al Catolicismo en general de las aserciones de Prierias, que se concibe llevaran el sello del apasionamiento cuando cabalmente era Lutero quien enconaba estas discusiones?

(1) Venceslao Linco, 10 jul., 1518.

(2) Prierias era un dominico, maestro del sagrado Palacio, escritor de elegante estilo, el cual había compuesto un diálogo acerca el poder del Papa, en refutacion á las doctrinas de Lutero. Su libro, más que una apología de las enseñanzas católicas, es un tributo de gratitud dirigido á su bienhechor Leon X, y hé aquí cómo se explican las frases hiperbólicas de que á veces se vale al tratar del pontificado.

(3) *Op. Luth.*

## X.

Llamado Lutero ante el cardenal Cayetano, se niega á retractarse.

Tomas de Vío, conocido despues con el nombre de cardenal Cayetano por haber nacido en Gaeta (1469), era persona dotada de excelentes condiciones. Leon X creía que nadie mejor que él podría conducir al P. Martin á buen camino.

Muy jóven todavía, huyó los peligros del mundo para entrar en la Orden de Predicadores.

Ejerció el profesorado de artes en Padua; pero en lo que manifestó especial aptitud fué en los estudios teológicos. Las obras de santo Tomas las sabía todas de memoria, y de tal suerte se había familiarizado con los procedimientos del santo doctor, que en sus trabajos, á la vez que la lógica de Aristóteles, se veía la inspiracion de Platon.

Acudían á su cátedra todas las grandes eminencias; pero poco aficionado á exhibirse, acabó por separarse de ella sólo por sustraerse á una ovacion que se le preparaba en la universidad de Padua.

Tomó parte en discusiones filosóficas y teológicas, dando á conocer su profundidad en una reunion del capítulo general de su Orden, que se verificó en Ferrara en presencia del Duque y del Senado, donde combatió á Pico de la Mirándola.

Manifestó su teson con motivo del conciliábulo de Pisa, que combatió valientemente desde la cátedra evangélica, y censuró la conducta de sus promotores acusándoles de querer introducir en la Iglesia un cisma con todas sus agitaciones y sus funestos resultados. Con esta ocasion escribió un excelente tratado, probando la supremacía del Papa sobre el Concilio.

Publicó ademas un célebre escrito sobre la cuestion del día, sobre las indulgencias, en el cual prueba su eficacia, no sólo respecto á la remision de la pena *ut est debita ex vinculo Ecclesie*, sino tambien de la pena *ut est debita ex vinculo divinæ justitiæ*, donde distingue ademas los méritos de JESUCRISTO y los de los Santos *per modum absolutionis et per modum suffragii*.

No es que permaneciese abstraído en la region de las especulaciones teológicas. La causa de la civilizacion cristiana le contó entre sus más resueltos campeones, así es que le vemos levantar á la Alemania, á la Escandinavia, á la Hungría contra los turcos, y reprimir en Bohemia á los sucesores de los husitas.

Do quiera que viese á la Iglesia combatida, allí estaba él para defenderla; acusábasela con motivo de los diezmos; Cayetano, sacando victoriosos argumentos del uso que de los diezmos se hacía, probó que semejantes acusaciones eran infundadas.

En tiempo de Clemente VII, Cayetano se vió á punto de ser víctima de la soldadesca que se había posesionado de Roma; el Papa recomendó al Condestable que pusiese bajo su proteccion á un hombre á quien el mundo católico consideraba como una lumbrera de la Iglesia.

El famoso teólogo Miguel Cano, que no estaba de acuerdo con él respecto á algunas doctrinas de escuela que no afectaban á la unidad de la fe, dice ocupándose del ilustre Cardenal:

«Siempre he tenido por Cayetano una estima mezclada de profundo reconocimiento; fué un gran defensor de la Iglesia y estaría á la altura de los grandes doctores de los primeros siglos si, fuese por curiosidad ó por sutileza de espíritu, no hubiese comentado las Escrituras á su gusto, aunque siempre de una manera muy feliz, por más que á veces resalte en él más el ingenio que la justicia.»

La palabra de Cayetano era elocuente y, sin dejar de satisfacer la inteligencia, iba derecha al corazon. Cardenales, obispos, sacerdotes, legistas, estudiantes, todo el mundo quería oírle, y despues de haberle oído era imposible no apasionarse por aquel hombre.

El pueblo le consideraba como un ídolo, sobre todo despues de comprometerse en favor de la causa de los pobres contra los usureros italianos.

Como desdeñaba la gloria, desdeñaba tambien la riqueza. Su aposento era tan modesto como sus vestidos, aplicándosele á él aquellos versos:

*Non opibus, gemmis, aut fulvo ditior auro;  
Sed modicis contentus erat fictilibus usus.*

Así fué que la Italia no pudo disimular el júbilo general que allí se sintió cuando, atendiendo al voto popular, Leon X elevó á príncipe de la Iglesia á aquel varon que era considerado como uno de los primeros exégetas de su siglo.

Se acusó á Cayetano de proceder con Lutero con demasiada condescendencia. Cayetano era hombre hábil, sumamente práctico. No desconocía el prestigio de que el P. Martin gozaba en Alemania. Cayetano creía preferible ver de contener la tempestad que se estaba formando, por más que otros estimasen oportuno el provocarla.

Cuando Lutero tuvo que salir de Wittemberg para dirigirse á Atugsburgo, donde residía el Cardenal, pudo comprenderse ya que el P. Martin distaba mucho de estar solo.

El 25 de setiembre, víspera de su marcha, en su cátedra se despidió de los estudiantes. Sus frases fueron escuchadas con un silencio imponente. Todos estaban conmovidos y muchos de ellos no pudieron contener algunas lágrimas, mientras que otros expresaron su sentimiento por la partida de aquel á quien llamaban su padre, y que á la edad de treinta y cinco años era ya un viejo, con su cabeza cubierta de canas, con su rostro marchito, con su cuerpo encorvado.

Entre los estudiantes había uno que se manifestaba más emocionado que los demas, era Melancton.

Ya entónces [Lutero y Melancton estaban unidos con las más íntimas y cordiales relaciones.

¿Cómo habían llegado maestro y discípulo á tal intimidad?

Al salir de la infancia, despues de haber alimentado su imaginacion con los clásicos griegos y latinos, Melancton quiso oír á Lutero. Al primer día de asistir á su clase, fué ya de él un admirador entusiasta.

Melancton era entónces un jóven candoroso, tierno, su imaginacion brillante vivía en las regiones del idealismo. Al oír á Lutero hablar de CRISTO, comentar los textos evangélicos, repetir algunas de las divinas frases del texto sagrado, Melancton sintió un gozo interior indescriptible y comprendió que la sabiduría pagana era muy pequeña al comparársela con las bellezas bíblicas.

Lutero se prendó á su vez de aquel muchacho de bella fisonomía, de blonda cabellera, de mirada púdica, sonrosado con el carmin del candor; comprendió que de aquel jóven él había de sacar provecho.

Enamorados el uno del otro, maestro y discípulo, los desaciertos de Lutero fueron defendidos y aplaudidos por Melancton, primero por afecto personal, despues por espíritu de escuela, más adelante por amor propio.

Al despedirse Lutero de su clase fué Melancton el que dijo llorando:

—¡Ya no volveremos á verle más!

Respirando en aquella atmósfera de preocupaciones, oyendo repetir con motivo del viaje de Lutero los nombres de Juan Hus, de Jerónimo de Praga, era de los que creían que en Augsburgo, ó tal vez ya en el camino de la ciudad, se apoderarían del P. Martin para que no volviese á saberse de él. A Cayetano, á Leon X, á los grandes hombres de la Iglesia romana no se les veía sino tras la niebla de calumnias que allí se venían forjando.

Lutero, aunque emocionado, estaba tranquilo, y respondía con frases de alegre expansion

á aquellas manifestaciones de tristeza. Él les consolaba, les alentaba, les estrechaba la mano é iba repitiendo ante ellos frases como estas:

—Cuanto más me amenazan, más tranquilo estoy. Es mucho ruido éste para un cuerpo débil como el mío. Podrán quitármelo; pero el alma jamas.

Al amanecer del día siguiente el P. Martin, cubierto con un hábito viejo, va á ponerse en camino.

Multitud de nobles, de obreros y hasta de religiosos le aguardan para despedirle. Al verle pasar, gritan:

—¡Viva Lutero!

—Viva CRISTO y su palabra, responde el sajón.

Alguno se adelanta para decirle:

—Maestro, valor; que Dios sea en vuestra ayuda.

—Amen, contesta el P. Martin.

Aquellas masas le acompañaron á larga distancia. Al despedirse, Lutero exclamó dándose aires de víctima:

—*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.*

—¡Amen! Gritaron á coro todos los que le acompañaban.

Lutero prosiguió á pié su viaje.

Atormentado por fuertes dolores de estómago estuvo á punto de retroceder; pero su voluntad pudo más que el mal (1).

En Weimar pasó la noche en casa del cura del pueblo, sacerdote apóstata que había sacado ya las consecuencias prácticas de los principios luteranos, casándose con una jóven, hija de Gotha (2).

Al llegar á Augsburgo encontró las puertas de la población atestadas de gentes que deseaban verle.

Tres días despues de su llegada escribía á Melancton:

«Sé siempre hombre é instruye á la juventud. Voy á sacrificarme por vosotros, si esta es la voluntad de Dios. Preferiría morir y, lo que sería para mi mayor tormento, verme privado de vuestras dulces conversaciones, ántes que retractarme y malograr así todo el fruto de nuestros buenos estudios (3).»

Cuatro días hacía que Lutero se hallaba en Augsburgo y no se había presentado aún al Cardenal. Fué á verle el internuncio para preguntarle el motivo de su retardo, protestándole que el Cardenal le recibiría con toda clase de consideraciones.

—Ha sido, contestó Lutero, por deferencia á los consejos que me han dado algunos varones graves á los cuales vengo recomendado por Su Gracia el Elector, quienes no quieren que me presente al Cardenal sin un salvo-conduto del Emperador.

Al enviado le sorprendió esta contestacion.

—¿Creéis, por ventura, le dijo, que el príncipe Federico acudirá á las armas para protegeros?

—Por mi parte no lo quisiera, respondió el interpelado.

—¿Adónde os acogeríais vos entónces?

—Bajo el cielo de Dios.

—Y decidme, si el Papa y los cardenales estuviesen en vuestro poder, ¿qué haríais de ellos?

—Les trataría con toda clase de honores y de deferencia, contesto Lutero con vivacidad.

—Está bien, respondió el emisario saludando y despidiéndose del agustino.

(1) Spalatino, 10 oct. 1518.

(2) Reinhard, *Biog. de Myconio*.

(3) Melanchtoni, 11 oct.

Lutero, abrumado de prevenciones contra Cayetano, que no las merecía en manera alguna, no quiso presentarse á él sin recibir primero el salvo-conducto. Cuando contó ya con este documento, acompañándole el doctor Linck y Juan Frosch, prior del convento de los carmelitas, donde se hospedaba, el agustino se dirigió al alojamiento del Cardenal.

A las puertas del palacio de éste esperaba una gran multitud de pueblo que, al pasar el P. Martín, le saludó respetuosamente.

Cayetano al verle se dirigió hacia él tendiéndole los brazos. Lutero se arrodilló á sus piés, diciéndole:

—Perdon, monseñor; si me han escapado algunas palabras imprudentes, protesto que estoy pronto á retirarlas, con tal que me manifestéis que son culpables (1).

Cayetano, levantándole del suelo, le dice:

—Comprenderéis que mi intencion no es disputar; os exijo, por orden de Su Santidad, que retractéis vuestros errores y que os abstengáis en adelante de enseñar cosa alguna que pueda turbar la paz de la Iglesia.

—Manifestadme, padre mío, en qué he pecado.

—Os lo repito, hijo mío, repuso el Cardenal con afabilidad; yo no puedo venir aquí á disputar con vos como si nos encontráramos en una cátedra. Yo aquí ni siquiera soy vuestro juez; soy sólo el delegado por nuestro padre comun á quien vos escribisteis no há mucho tiempo diciéndole: «Aprobad, condenad, llamad, rechazad, estoy pronto á atender á vuestra voz como á la voz de Dios...» Retractaos, pues, ya que este es el deseo del Papa.

—¿Retractarme yo? respondió Lutero, ¿pero qué error he enseñado?

El Cardenal, en su condescendencia, le citó dos proposiciones, la primera: «Que los méritos de JESUCRISTO no tienen nada que ver con el tesoro de las indulgencias;» la segunda: «Que para ser justificado basta sólo la fe.»

Le recordó la bula de Clemente VI sobre las indulgencias, *Extravagans, in sexto decretalium*.

Lutero, para hacer alarde de sus conocimientos, se echó á citar la bula con sorprendente exactitud.

—Ya véis que la conozco, añadió; por otra parte, esta bula es una obra enteramente humana, donde el espíritu y la letra de la Escritura están extrañamente torturados.

El Cardenal se formalizó y dijo en alta voz:

—Quien dice la *Extravagante*, dice santo Tomas... *Christus sua passione acquissivit*.

—*Acquissivit*, repitió Lutero, como en tono de triunfo. Si CRISTO adquirió méritos, luego los méritos no son un tesoro (2).

El Cardenal recordó entonces cuál era el papel que allí debía representar como delegado de la Santa Sede, y arrepintiéndose de haberse dejado conducir á una discusion, interrumpió á Lutero diciéndole secamente:

—Acabemos: ¿os retractáis, sí ó no?

Lutero pide tres días para responder. Cayetano se los otorga.

El P. Martín no tuvo paciencia para esperar el tercero día.

A la mañana siguiente se presentó al Cardenal acompañado de cuatro senadores, de numerosos testigos y de un notario, para poner en sus manos una protesta en toda forma en que declaraba que del fallo del Cardenal se apelaba al Padre Santo, que del Padre Santo se apelaría á la universidad de Friburgo y de Lovaina y por último á la más reputada de todas, que era la de París.

—Ayer, añadió, nosotros dos nos batimos bastante tiempo; basta ya de palabras humanas; sólo la Escritura es la que puede ponernos de acuerdo.

El Cardenal contestó con dignidad:

(1) Friderico, Elector, 19 nov.

(2) Georg. Spalatino, 14 oct.—De Wette.

—*Non digladius sum.* Aquí de lo que se trata no es de disputar. Yo no debo hacer otra cosa que recibir vuestra retractacion y reconciliaros con la Iglesia (1).

Lutero se quedó sin contestar y, como confundido por sus inconveniencias.

Entónces Staupitz se acercó al Cardenal pidiéndole que permitiera á su súbdito defenderse por escrito.

—Y delante de testigos, añadió el P. Martín.

El Cardenal respondió con un movimiento negativo de cabeza.

Pero despues de un rato de silencio, Cayetano, deseoso de contener al agustino en su fatal senda, exclamó:

—Pues bien; consiento: id, yo os escucharé, pero no olvidéis que aquí no ejerzo el cargo de juez.

Aquella noche la pasó Lutero en redactar su defensa, formulada conforme el sistema escolástico, que él tanto había despreciado. En aquel escrito pretende que el simple laico es en materia de dogma superior al mismo Papa, si él se apoya sobre la autoridad y la razon.

Cayetano, al leer este pasaje, exclamó:

—Ya véis que esto es monstruoso ¿quisierais que yo pusiera á los ojos de Su Santidad palabras tan odiosas despues de las seguridades que le habéis dado de obediencia filial?

Lutero montó en cólera y sin dirigirse al legado, dijo:

—Que se lea, pues; yo no afirmo nada... Me someto al fallo de Leon X.

—Hermano, hermano, ¡qué manera de portarse es esta!... Su Santidad os ha juzgado ya á vos y á vuestras doctrinas... Vamos, añadió el Cardenal poniendo una de las manos de Lutero entre las suyas, todavía es tiempo. Estoy pronto á interceder por vos cerca de nuestro padre comun; pero que una vanagloria, que malos consejos, que una ciega obstinacion no os detenga. Ea, retractaos.

Lutero no contestó.

—Pues bien, no volváis más, dijo entónces el Cardenal; todo está acabado.

Lutero hizo una inclinacion de cabeza y se retiró.

El bondadoso Cardenal, con la mira de evitar los escándalos que estaba previendo, escogió otro recurso para hacer que el P. Martín entrara en razon, que fué mandarle dos personas que cerca del agustino tenían tanto prestigio como Staupitz y Venceslao Linck, á fin de que le contuviesen en su fatal camino, y le convenciesen á entrar en la senda de sus deberes de cristiano y de religioso, en nombre de Leon X, de la paz pública, de la tranquilidad de la Sajonia.

Lutero se manifestó conmovido hasta derramar lágrimas, prometió escribir al Cardenal dándole una satisfaccion; pero esta carta, aunque llena de protestas de sumision, terminaba diciendo:

«En cuanto á la retraccion que vos y nuestro Vicario me pedís con tanta insistencia, mi conciencia no me permite darla en manera alguna; y nada de este mundo, ni órdenes, ni consejos, ni la voz de la amistad, pueden hacerme hablar ú obrar contra mi conciencia. Falta todavía que escuchemos una voz que vale más que todas las otras; es la de la Esposa, y la voz de la Esposa es la misma que la del Esposo.

«Os suplico, pues, con toda humildad que sometáis el asunto al exámen de nuestro Santo Padre el papa Leon X, á fin de que la Iglesia falle acerca lo que es menester creer ó rechazar.»

Poco despues de escribir esta carta al cardenal Cayetano el día 20 de octubre, Lutero salía ocultamente de Augsburgo por una puerta escusada, miéntras que por orden suya un portero fijaba en las paredes de la catedral una apelacion del papa mal informado, al papa mejor informado. Era aquello un libelo cuyo párrafo cuarto decía:

«Si el P. Martín Lutero no ha partido para Roma, es porque en Roma, donde ántes habi-

(1) *Ep. Thomæ Caietani ad D. Fridericum.— Epistola Illustrissimo Friderico.*

taba la justicia, habita hoy el homicida. *Justitia habitavit in ea; nunch autem homicida.*»

En Nuremberg tuvo conocimiento de un Breve en que el Papa exponía la verdadera doctrina de la Iglesia sobre las indulgencias; pero sin que se nombrase para nada á Martin Lutero. Éste cree llegada la ocasion de revolverse contra la persona misma de Leon X. Ya no es la lucha de un agustino y un dominico; es la rebelion de un religioso contra el Sumo Pontífice; ya no son frases imprudentes que en una hora de extravío se escapan en una conversacion íntima, es un desafío formal que un monje echa al pontificado en la persona del que lo representa.

«A decir verdad, escribe, apénas acierto á explicarme que una cosa tan monstruosa haya salido de un Papa y mucho ménos de Leon X. Sea quien sea el truan que, bajo el nombre de Leon X, trate de intimidarme con este Breve, sepa que yo comprendo perfectamente el juego; si viene de la cancillería, ya le haré ver yo á esa cancillería sus soberbias iniquidades y su inicua ignorancia (1).»

No había nada en el Breve que justificase el loco furor de Lutero. Leon X hubiera estado en su derecho excomulgándole, y sin embargo, no lo hacía; como jefe de la Iglesia, se limitaba á formular la enseñanza católica.

## XI.

### Muerte de Juan Tetzel.

Todos los elementos revolucionarios de la Sajonia aplaudían la actitud de Lutero. Lisonjeaba el orgullo germánico el ver á uno de sus hijos luchando solo contra todo el poder del pontificado.

Do quiera que Lutero se presentase obtenía una ovacion; bastaba una palabra suya, una señal para que se le respondiera con frenéticos aplausos.

Ibase allí extraviando la opinion pública de una manera lamentable. El espíritu nacional, el sentimiento patrio, las pasiones políticas, todo se explotaba. Acabábase por sostener que el bien, la verdad, la justicia, eran Lutero, las universidades de Alemania, los estudiantes, los humanistas; al contrario, el mal, el error, la opresion eran los frailes, los teólogos de Colonia, los predicadores de indulgencias, los cardenales, el Papa. El país de la civilizacion, del progreso, de las luces, era la Sajonia; en cambio la Italia no constituía nada más que un país de bárbaros (2). La efigie de Lutero se encontraba en todas partes sustituyendo á la de Leon X.

El P. Martin tenía de su parte el primer elemento que se necesita para realizar una revolucion, que son masas populares. Pero así como él había arrastrado á las masas, á su vez éstas le envolvian á él; Lutero se había puesto en la fatal precision de tener que marchar con ellas, aún cuando en algunos momentos lúcidos llegara á aperebirse de que le conducían al fondo de un abismo.

Separado de Roma, del centro de la unidad, ¿adónde le llevará su actitud? Son sus verdaderos amigos los que le preguntan adónde va; pero Lutero en su alucinacion contesta:

—Soy como Abrahan; no sé dónde; pero sé que ha de guiarme la voz de Dios (3).

—¿Y el anatema de Roma?

Lutero responde con insana audacia:

—Cada día que pasa lo estoy esperando (4).

(1) Spalatino, 31 oct. 1518.

(2) Publicóse por entónces una obra con el siguiente título: «*Quod Italia sit barbara terra; quod Itali sint barbari populi, quod Papa et cardinales sint plus barbari quam Seyta et Tartari.*»

(3) De Wette.

(4) *Expecto maledictiones ex urbe Roma quotidie.*—Spalatino, 23 nov.



# HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

*desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.*

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 110 entregas.

## HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

*desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.*

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con más de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

## LA VUELTA POR ESPAÑA.

*Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.*

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

## EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

*Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.*

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

## ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

*Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.*

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

## ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES,

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ,

POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

## LA PASION DEL REDENTOR.

*Por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.*

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

## AÑO DE MARIA,

*ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los dias del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.*

Seis tomos en 4.º ilustrados con 60 láminas de regalo, á 260 rs. en relieve; ó 110 cuadernos de 56 páginas, á 2 rs. el cuaderno.—Cada tomo comprende dos meses.